



Miércoles 6 de noviembre de 2019

A los Equipos Directivos de los 10 Colegios de la Compañía de Jesús en Chile y a los Equipos Centrales de la Fundación Loyola y de la Red Educativa Ignaciana

*“Dios te ha dicho en qué consiste lo bueno y qué espera de ti:
practica la justicia, ama la misericordia
y camina humildemente con tu Dios” (Miqueas 6, 8).*

Aunque hace un mes todos éramos conscientes de las inmensas desigualdades en Chile, asumo que ninguno anticipó el estallido social que comenzó la semana del 18 de octubre. Como una chispa que enciende un polvorín, el llamado a evadir el pago del Metro de Santiago hizo que “Chile despertara”. Y del precio del transporte público, en pocos días pasamos a discutir sobre pensiones, salud, sueldos éticos y varios mínimos sociales que apuntan hacia un nuevo pacto social, que pareciera requerir una nueva constitución política.

La fuerza de este despertar, con marchas masivas pacíficas y algunos brotes de violencia que terminaron en la destrucción de importante infraestructura pública, nos obligó a paralizar nuestras actividades regulares. Algunos Colegios suspendieron las clases el 21 y 22 de octubre. Otros tuvieron que suspender las clases toda esa semana e incluso la semana siguiente, dependiendo de dónde se ubican.

Les escribo esta carta con el objetivo de animar nuestra reflexión y acción como comunidades educativas a medida que vamos retomando las rutinas escolares. Quisiera animarles a tener un tiempo especial de escucha, diálogo y discernimiento, que es lo que reclaman nuestro corazón humano y nuestra vida de fe, pues Dios está hablándonos en estas circunstancias históricas concretas.

Escribo a partir de dos preocupaciones. Primero, me preocupa que vivamos el retomar las clases como “volver a la normalidad”. Después de días de incertidumbre y tensión, todos necesitamos retomar las rutinas y re-encontrarnos como comunidades. Los niños, especialmente, necesitan volver a clases. Sin embargo, creo que no podemos retomar las rutinas como si no hubiese pasado nada entre nosotros. El estallido social es expresión de mucha impotencia y rabia y, por fidelidad a nuestra vocación, debemos dejar que esta realidad toque el fondo de nuestros corazones, personal e institucionalmente. Sólo así podremos seguir encarnando nuestro horizonte de “formar hombres y mujeres para y con los demás”.

La segunda preocupación es que cada Colegio haga sus mañanas de reflexión y luego sigamos adelante como si el problema fuese “del sistema” (y, por lo tanto, avancemos esperando que todas las soluciones vengan de los políticos y los empresarios). Es cierto que las autoridades tienen la mayor responsabilidad y la envergadura de los problemas sociales excede las posibilidades de las comunidades escolares. No obstante, cada persona con alguna cuota de poder tiene la capacidad de hacer algo acerca de la desigualdad en que vivimos. Sobre todo, si esa persona o esa comunidad tienen la misión de formar niños y jóvenes. En este sentido, debemos cuidarnos de ser como el fariseo que se jacta de “no ser como los otros” (Lucas 18, 9-14), cuando el camino cristiano es el del publicano: reconocer nuestro propio pecado y nuestra participación en el pecado colectivo. Sólo así podremos acoger la salvación y el amor

reconciliador que nos viene de Dios, quien nos mueve –como a Zaqueo– a reparar el daño que hemos hecho por acción u omisión (Lucas 19, 1-10).

A partir de estas dos preocupaciones, quiero pedirle a cada Equipo que, a medida que su Colegio (u Oficina) retome sus rutinas, todos tengan un espacio formal de oración y reflexión sobre nuestra propia parte en la crisis que hemos vivido como país estas últimas semanas. Si quieren sumar a otros de la comunidad escolar, siéntanse libres de hacerlo. Al menos, les pido que miren dos aspectos de su realidad. Por un lado, hay elementos socio-estructurales que revisar a la luz de lo vivido. Aquí entran asuntos como sueldos mínimos en cada institución, disparidad entre sueldos máximos y mínimos, criterios de alza de la colegiatura o asignación de becas allí donde las familias pagan por la educación de sus hijos, justicia en los procesos de admisión, etc. Por otro lado, hay asuntos curriculares y pedagógicos relacionados con qué y cómo se aprende. ¿Qué discursos y modelos de convivencia y éxito se enseñan explícita e implícitamente? ¿Podríamos decir que nuestra formación tiende a naturalizar la desigualdad? ¿Cómo formamos la deliberación democrática? Estos dos aspectos son distinguibles, pero se relacionan íntimamente en el “currículum oculto” de cada Colegio. Por mucho que una comunidad hable de justicia y participación, no educará niños y jóvenes justos y participativos si eso no se vive cotidianamente.

Al preparar este espacio de oración y reflexión, puede ayudar el reconocer que esto no es nuevo. A fines de los 60 y principios de los 70 el país experimentó grandes convulsiones relacionadas con la misma desigualdad estructural. En ese contexto, la Iglesia fue profética y entregó terrenos propios para la Reforma Agraria. A nivel educacional, varios Colegios católicos abrieron su admisión a estudiantes de diverso nivel socioeconómico. El sistema de arancel diferenciado del San Ignacio El Bosque hunde sus raíces en esta época. Los Trabajos de Fábrica y Verano, experiencias emblemáticas de la formación en los Colegios Jesuitas particulares, también nacieron en esos años. La idea era que los estudiantes de familias privilegiadas conocieran las realidades obrera y campesina, y que esa experiencia les convirtiera al sueño de Jesús: un mundo en que todos somos hermanos y hermanas, hijos e hijas del mismo Dios.

El contexto actual es muy distinto al de los 60 y 70, pero la desigualdad persiste. Hoy, la Compañía de Jesús tiene 10 Colegios y Escuelas en contextos socioeconómicos muy diversos y con resultados académicos muy disímiles (que, en gran medida, reflejan “la cuna” de sus respectivos estudiantes). Desde hace algunos años, la perspectiva de Red permitió crear un fondo que, alimentado por los 5 Colegios particulares-pagados, ha posibilitado mejorar la infraestructura de los 4 Colegios Jesuitas gratuitos. Este esfuerzo va en la dirección correcta, pero apenas roza la desigualdad estructural del sistema y sus múltiples manifestaciones. Es decir, a pesar de nuestras buenas intenciones, seguimos siendo parte del sistema que produce y reproduce la desigualdad estructural de Chile.

La realidad a nivel de la Red Educacional Ignaciana (REI), que une a los 10 Colegios y Escuelas Jesuitas con 12 Colegios y Escuelas asociados, no es muy distinta. Hay múltiples acciones compartidas, que reúnen a estudiantes y profesores de diversos contextos: artísticas, deportivas, de formación espiritual y sociopolítica, proyectos de innovación pedagógica, etc. No obstante, las distancias sociales y culturales son gigantes y los resultados académicos en los distintos Colegios y Escuelas son casi correlativos a esas distancias entre los estudiantes de cada contexto.

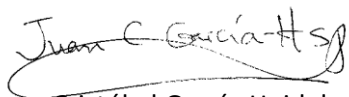
En esta realidad concreta, la de cada Colegio y la de Red mayor, **¿qué más podemos hacer hoy?** A propósito del impulso de los últimos años hacia la innovación educativa, creo que responder esta pregunta requiere generosidad y audacia, pero también mucha creatividad para pensar fuera de los marcos establecidos. En estos marcos, jamás hubieran nacido el arancel diferenciado o los Trabajos de

Fábrica. Pues bien, ahora que la REI intenta asumir el desafío de diseñar nuevos Colegios y Escuelas para el futuro, **¿qué nuevas estructuras y prácticas debiésemos implementar junto con las innovaciones pedagógicas en marcha para construir comunidades justas donde efectivamente eduquemos “hombres y mujeres que busquen en todo amar y servir”? ¿Cómo reconocer hoy nuestra participación en las dinámicas injustas de Chile para ser profetas, no ya de los 60 y 70, sino del siglo XXI?**

Tengo la íntima convicción de que, así como el estallido social se relacionó con una nueva sensibilidad juvenil y mayor participación social, así también nuestras respuestas deben incluir mayor atención a la juventud –y sus modos– y mayor participación de los distintos miembros de nuestras comunidades escolares. Hace rato que venimos constatando la distancia entre las nuevas generaciones y la Iglesia. Junto con ello, una de las cosas que más me han pedido los Colegios desde que asumí el cargo es cuidar la identidad ignaciana de nuestros proyectos educativos, que pareciera irse deslavando en un contexto más secular. Ante estas señales, creo que lo que vivimos puede ser una gran oportunidad para volver a nuestras fuentes, re-cordando (o sea, volviendo a pasar por el corazón) que los núcleos del espíritu ignaciano son la certeza de que Dios está obrando en el mundo y el deseo de hacerse cómplices de ese movimiento humano-divino hacia una vida digna, justa y más plena para todos y todas.

En síntesis, más allá de la visión política de cada uno respecto a los distintos temas implicados en mis palabras, les pido que planifiquen un tiempo formal para plantearse las preguntas mencionadas: **¿cómo somos o hemos sido partícipes de la desigualdad y la falta de participación que están a la raíz del estallido social de Chile? ¿Qué podríamos hacer para movernos en una dirección distinta, tanto en los aspectos socio-estructurales de la vida de nuestras comunidades como en asuntos curriculares y pedagógicos que habría que reformular o reinventar?** Estas preguntas y desafíos van al corazón de nuestra misión, que es nuestra razón de existir en el sistema educativo chileno. Al hacer este ejercicio, tal vez les ayude distinguir entre **asuntos de corto y mediano o largo plazo**, así como entre asuntos del **propio Colegio y de la Red**. Además, habrá asuntos de los **10 Colegios y Escuelas Jesuitas** y asuntos de **las 22 instituciones que conforman la REI**. Le pido a cada Equipo enviarme el fruto de sus reflexiones antes de Navidad para así evaluar durante enero qué pasos concretos podríamos dar durante el 2020.

Que el Señor Jesús nos acompañe y nos anime a todos a seguir buscando su Reino sin perder nunca ni la esperanza ni la generosidad.



Juan Cristóbal García-Huidobro S.J.
Delegado del Provincial para la Educación Escolar